

CAPÍTULO DOS

YA TRANSCURRIÓ UNA hora, el movimiento del tren te relajó. Mientras miras pasar las montañas por la ventanilla, te sientes segura en ese pequeño recinto.

–No me respondiste antes. ¿Por qué San Francisco?

Rafe hace una pausa antes de responder.

–Porque ahí tenías gente conocida. Después de que te marchaste de la casa de tu tía, viviste ahí durante cuatro meses antes de regresar al desierto...

–¿Cabazon? ¿Es ahí donde viven mi madre y mi hermano?

–Sí, viven ahí. En las afueras –se mueve en el asiento mientras mira al techo.

–¿Qué les pasó? –tratas de no alterar la voz, pero te resulta imposible. Es la primera vez que estás tan cerca de saber algo acerca de tu familia, acerca de algo real.

Respira profundamente y retiene el aire durante varios segundos.

–Después de que murió tu padre, un día volviste de la escuela y tu madre no estaba en casa. La esperaste. Trataste de ocuparte de tu

hermano todo el tiempo que pudiste. Después de varias semanas de pensar que regresaría, te quedaste sin comida y sin dinero. Tuviste que llevarlo con una tía a la que apenas conocías, que tenía un novio espantoso al que detestabas.

Piensas otra vez en el recuerdo del funeral. La mujer que estaba a tu lado se cubría el rostro, la piel de las manos era tan fina que se le veían las venas. La imagen de tu hermano era más nítida, pero tenía aspecto de niño. No puedes recordar más que su risa.

–¿Te dije cómo se llamaba mi hermano?

–Chris. Chris Marcus. Ese también es tu apellido.

–Lena Marcus.

–Lena Marcus –mientras lo repite, se levanta la capucha, cruza los brazos sobre el pecho y te observa. Te das cuenta de que lo colocas en una posición extraña al forzarlo a que te hable de ti. Odias que las cosas tengan que ser de esa manera, pero necesitas saber.

–¿Te conté algo más? –preguntas–. ¿Dónde está mi hermano ahora? ¿Lo sabes?

–No estabas segura.

–¿Cómo murió mi padre? ¿Cuándo?

–Tenías quince años. De un ataque al corazón. Lo encontraste adentro del automóvil.

Esperas que llegue ese fuerte tirón, la sensación de que se aproxima un recuerdo. Quieres recordar lo que viste, sentir lo que sentiste en ese momento. Pero no ocurre nada. No puedes identificarte con nada de lo que Rafe está diciendo; podría estar hablando de cualquiera.

–Mira, Lena... –Rafe te observa fijamente–. No tenemos por qué hablar de esto, no es necesario.

–Tal vez no deberíamos hacerlo. Tal vez es mejor no saber.

Justo en ese instante, golpean la puerta del compartimento y esta se desliza. Un hombre de impecable uniforme azul apoya el brazo contra el marco de la puerta. Tiene una barba blanca muy corta.

–Boletos, por favor –pide mientras mira la ropa sucia de Rafe.

Cuando le entrega los dos billetes de primera clase a Nueva York, los estudia con detenimiento. Luego los perfora y prosigue hacia el siguiente dormitorio. Tu boleto a Chicago está en tu bolsillo.

Te inclinas hacia adelante, acortando el espacio que los separa.

–¿Sabes algo? Yo nunca dije que iría contigo. Es probable que sea más peligroso que estemos juntos. De todas maneras, ¿por qué Nueva York?

Rafe guarda los boletos en el bolsillo.

–Quiero encontrar a otros blancos.

Otros blancos. Sabías que había otros, por supuesto... Piensas en la casa abandonada donde viste entrar a miembros de EAA. Era una especie de cuartel general, que tenía fotos en las paredes con nombres en clave como tu propio tatuaje: un halcón, una cobra, un tiburón. Junto a ellas, figuraban distintas ciudades. Nueva York, Los Ángeles, Miami. Pero, sinceramente, no habías pensado demasiado en los otros.

–¿Cómo vas a encontrarlos en una ciudad tan grande?

Jugetea con la correa del reloj. Ahora puedes ver el cuadrado negro. Adentro, tiene impreso un animal que parece un alce seguido del código KLP02111.

–Cuando estaba buscándote en San Francisco, comencé a indagar en distintos sitios web, sabiendo que tenían que haber existido otros blancos.

–¿Y pudiste encontrarlos?

–Encontré uno. Un chico que se hacía llamar Connor. Había publicado algo en Craigslist, y terminamos hablando una vez por Skype durante unos pocos minutos. Me contó que ya había encontrado otro blanco, una chica, y que estaba buscando más. Me dijo que había lugares en Nueva York donde se reunía con ella. Nuestra conversación se interrumpió, pero escuché lo suficiente como para decidirme.

–Pero ¿y si se trata de una trampa? Quizás está tratando de hacerte salir de tu escondite.

–Es un riesgo –admite Rafe–. Pero hablé con él. Escuché su voz; tenía miedo.

–¿De modo que quieres encontrarlo cuando llegues a Nueva York? ¿Cómo?

–Todavía no lo sé –responde–. Para empezar, iré a algunos de los lugares que mencionó. Creo que vale la pena intentarlo. Estoy harto de vivir con miedo. Estoy harto de estar solo.

Te miras las manos. Todavía tienen manchas rojizas oscuras debajo de las uñas. La sangre de Izzy. Era la vecina de Ben y tu primera amiga de verdad. Te siguió aquel día a la casa de Goss porque quería asegurarse de que estabas bien. Cuando él apareció, Izzy recibió un disparo.

Después de lo ocurrido, juraste que te mantendrías sola, que no serías responsable de nadie más. Pero ahora ya no estás tan segura. Pensaste que te dirigirías a algún pueblo desconocido en las afueras de Chicago, tratarías de integrarte, de ocultarte. Pero ahora el plan te resulta ingenuo. Quedarte con Rafe es arriesgado... pero estar sola también lo es.

La puerta del compartimento está levemente entreabierta. Te levantas y la cierras.

–Quiero encontrar a los demás blancos. Si ellos recordaron algo más que nosotros, eso podría conducirnos a las personas que dirigen EAA. Podríamos detener todo esto.

Rafe te mira larga e intensamente.

–Podemos empezar con Connor.

–Tenemos que actuar con cautela –no sabes a quién va dirigida la advertencia.

Rafe baja la mirada hacia el suelo y sonrío como si acabara de recordar algo.

–En la isla –dice–, la cautela no fue lo que nos mantuvo con vida.